REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

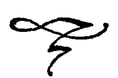
ANALES
DE
LA UNIVERSIDAD

101

:: :: CONFERENCIAS :: ::
dadas por el Dr. Helio Lobo en el salón de actos públicos de la :: Universidad de Montevideo ::

BRASIL Y URUGUAY

LA DEMOCRACIA AMERICANA Y LA GUERRA



MONTEVIDEO
TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & Cª., Sucesores
Calle Bartolomé Mitre número 1467
1918

A
Señor doctor José A. de Freitas

CONFERENCIAS

DEL

Dr. HELIO LOBO



CONFERENCIAS

DEL

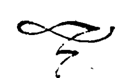
Dr. HELIO LOBO

dadas en el salón de actos públicos de la Universidad de Montevideo

———

BRASIL Y URUGUAY

LA DEMOCRACIA AMERICANA Y LA GUERRA



MONTEVIDEO
TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & Cª., Sucesores
Calle Bartolomé Mitre número 1467
1918

PRIMERA CONFERENCIA

10 DE JUNIO DE 1918

BRASIL Y URUGUAY

Siéntome bien a gusto, uruguayos amigos, para hablar entre vosotros y còn vosotros, de vuestro y de mi país. Es sobre las relaciones internacionales entre el Uruguay y el Brasil, sobre lo que voy a discurrir. Hay errores que averiguar, imprudencias que referir. Y hay, sobre todo, la lección de una sincera amistad a encarecer.

No es el representante oficial quien habla; es el estudiante graduado quien conversa; y lo hace sin rodeos ni fórmulas, para destacar la lección de la Historia en su forma definitiva. No se podía emprender el estudio de las relaciones diplomáticas entre el Uruguay y el Brasil, cuando se caldeaban los espíritus al calor de los sucesos, y cuando la pasión parecía dominar a los más serenos. Preciso era dejar hablar al tiempo, desgastar aristas, disminuir prevenciones, permitir que se consolidase la voz de las cosas, en su elocuencia, a veces tardía, pero siempre equitativa. Escribió Renán que todo lo que nosotros decimos, no es sino poesía, tan poco nos conocemos y tan mal nos juzgamos. ¿Cómo podemos hablar de nuestros contemporáneos, elementos mínimos que somos, como ellos, en la trama del destino?

Vosotros tenéis una historia gloriosísima. Fué llamada vuestra raza "flor de las razas americanas". Por boca de un extranjero ilustre, denominóse a vuestro país, el "pedazo más digno de envidia, el rincón más admirable del nuevo mundo, por su topografía, su clima, su geología, su hidrografía, su fertilidad". La independencia, vosotros la conquistasteis, a costa de esfuerzos inauditos: "caudal admirable (dijo la voz de alguien) de puro heroísmo". ¡Cuántas veces, sin embargo, no os desconocisteis vosotros mismos, al contorceros en la llama de la lucha civil, en que pelearon hermanos nacidos para la eterna armonía! No quiero responder yo, pues son de ayer vuestros anales, y tienen en lo alto, una gloria inmortal de batallador: Artigas. Si el mejor acero es aquel que se forja en el fuego más vivo, bien lo merecisteis vosotros en esa porfía titánica, que fué la consolidación de la nacionalidad. No conozco país que la tenga, como la vuestra, tan tenaz y ennoblecedora.

Era el período de la formación de la nación, y en la noble ansia de transponerlo con éxito, hervía como una marea inmensa, que se hincha y baja antes de morir en las playas. Por sobre las luchas y las rivalidades, estaba, sin embargo, el curso de la vida en su más alta significación: la de la fórmula soberana. Esa, temprano se balizó, mal grado todos los sufrimientos y obstáculos, constituyendo hoy el admira-

ble haz de energías y de cultura que se llama la República Oriental del Uruguay.

Bien presentes tengo algunos episodios de vuestra independencia, y comprendo que el pueblo, que así los posee, ha de tener un legítimo, un inconmensurable orgullo. No era solamente el coraje indómito; era la comprensión del sacrificio nacional, llevado a extremos desconocidos en la historia de otras gentes. Podía el "protector de los pueblos libres" ser llamado por la voz extranjera "cabeza de aduar de beduinos"; podía ser puesto fuera de la ley, o inspirar a la vecindad, medidas de cruel represión. Él, serenamente, estaba y estaría muy por arriba de aquel momento de formación aguda, proyectando hacia los tiempos por venir, el perfil de la República. Era Artigas, la síntesis del alma nacional, en su más irreductible expresión: la de la independencia.

Si se desconocen los pueblos en su infancia, porque las energías se malbaratan en busca de la organización definitiva, hallada a veces, como es vuestro caso, en medio de dolores inenarrables, mucho menos puede en ellos, abrirse juicio sereno respecto de los otros, sobre todo respecto de los que comparten, por su vecindad, los propios trances e inquietudes, Así fué, para el Brasil, apenas formado, el Uruguay naciente.

Vosotros no ignorais que aquí, por largo tiempo, se educó a la juventud en la aprehensión *del peligro*

del Norte. Así se os aparecía a algunos, el Imperio, esclavócrata y mandón... Sin embargo, motivo no había para que ese fuese el juicio, desde que nunca tuvimos ambición dañosa. Nuestras prácticas políticas fueron siempre liberales, y de la servidumbre negra, nos desprendimos con altivez y nobleza. Puede tener una nación, apariencias de realista, y ser en la práctica, el asiento de todas las libertades. Es así la Gran Bretaña, tan clásica en su liberalismo, y hoy tan digna en la reacción contra el prusianismo desenfrenado. Fué también así, el Brasil de otrora, imperial en el nombre, y, en su esencia, profundamente republicano. Cuando en 1889, se inscribió la República en nuestro edificio político, se efectuó apenas una mudanza de nombre. Estábamos habituados, desde los primeros años, a la práctica de todas las prerrogativas individuales; teníamos el jurado, el *habeas corpus*, la balanza de los poderes, y nunca nos flageló el martirio de las dictaduras. Gobernando el país por espacio de cincuenta años, con la rectitud de un varón de Plutarco, era Pedro II nuestro primer republicano, y sabía que había de perdurar en su puesto, mientras perdurase la voluntad de la nación. Todos los que pasaron por el Brasil, en el tiempo de su reinado, modestos viajantes o forasteros eminentes, vieron de qué cuidados austeros se rodeó, en el cargo supremo su acción. "Siento que la posición de ese señor — escribió uno de los vues-

tros, que nos conoció de cerca — no me permita decir todos los motivos que tengo para depositar, como deposito, una fe ciega, una confianza sin límites, en la inteligencia y en la lealtad de su política". Con un espíritu de esos a su frente, ¿podía el Brasil lanzarse a aventuras innobles? Cincuenta años de imperio liberal probaron irrevocablemente que no.

Fué, lo sé, el recuerdo de los tiempos de Lecor, lo que os hizo dudar, a muchos, de las intenciones brasileras. Os imaginasteis siempre alzada contra este país, la espada de la monarquía, si no con propósitos de conquista, por lo menos con proyectos de intervención en vuestra política interior. Vecino vuestro, natural era que el Brasil se inquietase con vuestras angustias y quisiese con vosotros tener tranquilas las fronteras. Pero no podía responder, ya autónomo, por el advenimiento de una época infeliz, porque su sentimiento era a ella extraño y la había recibido, entre tantas otras creaciones, de la política colonial realista. Había de ser independiente el Uruguay, fuesen cuales fuesen los obstáculos que a ello se opusieran; y el yugo que lo oprimía, tenía que desaparecer porque eran artificiales sus raíces y porque no lo soportaba una nación libre como la vuestra, celosa de su soberanía, como de las otras, y que apenas nacía para el trabajo, la independencia y la vida.

Otra no puede ser la lección de la Historia, y de otro modo no se puede discurrir con conocimiento de

las cosas brasileñas, de la lección de sus hombres y de la índole de su pueblo.

Restos de la rivalidad ibérica, las disputas entre portugueses y castellanos tenían fatalmente que desaparecer con la refundición de la raza en moldes nuevos y superiores. Yo podría probar, con documentos en la mano, que el Brasil independiente se guiaba ya, por una severa norma internacional, de acuerdo con las demás naciones hermanas y con el espíritu de liberalismo continental. Pero eso lo sabéis tanto como nosotros mismos. Continente de paz y de democracia, América no conoció, ni conocerá, la teoría de las naciones esclavizadas y de los *chiffons de papier*. En el mismo pie están para ella, grandes y pequeños, débiles y fuertes.

Era, sin embargo, el período de la organización nacional, y comprensible parecía vuestra inquietud. La Santa Alianza había ahogado en sangre, las veleidades liberales en Europa, y, presumiblemente, la acción de su brazo en América, iba a inspirarse en la misma cartilla. De modo que, cuando más tarde, llegamos a firmar con vosotros, los tratados de 1851, no fué menor la sospecha. No movía al Brasil, sino el empeño de veros progresar en el orden y en el trabajo, y por eso accedió a que sus regimientos, a pedido vuestro, aquí quedasen. Volviéronse ellos, como habían venido, en el desempeño de un noble mandato, rigurosamente cumplido. Pero la alarma no

desapareció. La llaneza de la política brasileño-uruguaya, en ese tiempo, pensó que estaba ahí el remedio, y se engañó. No preciso decir que la manifestación sincera de la palabra oriental, en favor del Brasil, constituyó entonces, nuestra mejor recompensa.

Hubo aún un tercer período, en que pareció revivir, para estas tierras, entre inquietudes, el recuerdo de la anexión. Fué en 1864, cuando nadie en América sospechaba la esfinge paraguaya, y quisimos pediros, por intermedio de una misión diplomática, satisfacción por perjuicios y atentados a compatriotas nuestros que sufrían. Nos equivocamos fundamentalmente, porque si agravios había, no era esa la ocasión de remediarlos. Os equivocasteis también, entonces sin remedio, porque al gesto de conciliación, que os hicimos, por intermedio de un hombre eminente, opusisteis la más decidida intransigencia. Yo he hablado ya, en dos libros sinceros, de esa época agitada, y de cómo, en ella, estuvo sin mala intención, el Brasil. El documento prima allí sobre la exposición, y es éste su mayor mérito. Aquí, me limitaré a hacer notar apenas, que si fuese fundamental la divergencia en que ocasionalmente estuvimos, los brasileños y los orientales, no habríamos trabajado juntos, en dos campañas memorables, combatiendo por la civilización de América y por los derechos esenciales de la civilización. Me refiero a los

acontecimientos de 1852 y 1865, en los cuales el tercero y glorioso aliado fué la República Argentina.

¿Valdrá la pena recordar hoy, la jornada que culminó en Caseros? — Montevideo era entonces, como Brasil, Chile y Perú, el asilo de la libertad agarrotada. Aquí se dieron cita las más altas cabezas en lucha contra don Juan Manuel de Rosas, y aquí comenzó la reacción, que lo echó por tierra. Aunque no tuviese el Uruguay otros títulos de gloria ese solo lo consagraría más grande entre los más grandes. Porque es una página soberbia la época de vuestra Defensa.

Vuestra gloria militar fué tan grande, mal grado la notoria inferioridad numérica, que, según narra un historiador, en veinticinco meses de operaciones, fueron treinta y tres los choques con el enemigo casi siempre derrotado. Vuestra comprensión del progreso se reveló ya tan completa, que datan de entonces muchas de vuestras más puras instituciones: el Instituto de Instrucción Pública, el Colegio Nacional, la Universidad Mayor de la República, la Casa de Moneda. Vuestra intuición del culto de la patria era ya tan bella, que todos concurrieron para la lucha tenaz, y vuestras monedas se acuñaron, no con los metales comunes (como narra otro escritor), sino "con las joyas de las familias de Montevideo y

con los ornamentos de los templos". "Un pueblo que ha perdido todos los bienes materiales por la invasión — comentóse después con simplicidad estoica — ha dado también sus prendas de familia. Estos pesos valen cinco veces más que los comunes, que están formados de material de distinto origen y que no tienen este lema: *Sitio de Montevideo*". Y, por fin, vuestra noción de los derechos de la humanidad parecía ya tan perfecta que, separando en la orilla izquierda del Plata a sus hermanos, de su verdugo, se empeñaba solo en lucha personal contra el flagelo, " tirano del pueblo inmortal de Sudamérica, y que hoy intenta serlo de nuestra patria, a quien buscan y contra quien se dirigen nuestras armas."

No se puede excusar al déspota diciendo que él personalizó la reacción criolla contra la conquista de ultramar. Rosas no despobló el país, solamente de ingleses y franceses, sino que fué también inexorable para la mayoría de sus compatriotas. Triste de la nación que, para defender su soberanía, hubiese menester de recursos hediondos, y erigiese en precepto común el fusilamiento, el asesinato, el veneno, la emboscada, los martirios extremos. No lo haría la Argentina libre y heroica, cuyas tradiciones gloriosas en la Reconquista y en la Independencia, demostraron cómo, con el combate leal y la bravura simple, sin artificios ni traición, se expulsa al extranjero invasor... ¿Acaso no se aunaba, a la protesta de

los gobiernos y de la opinión de afuera, la palabra porteña exilada? Era Mitre, era Vicente López, era Sarmiento, era Mármol, era Gutiérrez, era Echevarría, eran los dos Varelas, era la nación entera, la flor del país, sus entidades prominentes, comiendo en el extranjero el pan del ostracismo y clamando por todos los modos contra las garras opresoras. Huye el autor de "La Cautiva" a la saña asesina, y es melancólica su despedida de la tierra natal, a la que teme no volver a ver: "No hay cosa más triste que emigrar", exclama sollozando. La lira que produce "Los Cantos del Peregrino" revuélvese contra la *espada fratricida*, apostrofando al señor de Palermo con una previsión segura: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá"... Un libro, que es un libelo, aparece, y pronto se agota en la fiebre de la procura vengadora: "Rosas y sus opositores" de Indarte. La pluma que lo trazó, hizo también "Tablas de Sangre" y tiene arranques de Tácito. En su revuelta feroz, pierde el dominio sobre sí mismo y endiosa al matador desconocido, que ha de surgir bajo la inspiración de que *es acción santa matar a Rosas:* "Piensa, valiente tiranicida, cualquiera que tú seas el destinado por Dios, para derramar la sangre de Rosas, en la satisfacción inmensa que llenará tu pecho, cuando después de tu acción santa, escuches resonar por todos los ámbitos de América, un himno de gracias por tu magnánimo asesinato"...

Terror generalizado, él hizo de la nación un cuerpo muerto. "Después de los triunfos de Quiroga — narra en su *Historia de la Literatura Argentina,* Enrique García Velloso — el pueblo de Buenos Aires asiste indignado al degradante espectáculo de las famosas renuncias de Rosas; luego, al amordazamiento de la prensa; más tarde, a la supresión de todas las libertades. Un silencio letal cae sobre la ciudad de Mariano Moreno y Rivadavia. La mazhorca pasa... El huracán de Caseros tardará veinte años en llegar"... En medio de la desolación, sólo Montevideo resistía, como Nueva Troya, inconquistable para los soldados de la dictadura. Durante diez años, diez porfiados y largos años, la hipocresía de Rosas burló a la diplomacia y a las escuadras europeas venidas a estos parajes para vengar afrentas. De modo que, cuando con el auxilio del Brasil y de dos provincias argentinas, se consiguió por fin destronar al dictador, se escribió en estas vuestras hermosas tierras, una de las más bellas páginas de la civilización. Vosotros recordáis, ciertamente, el concurso brasilero: veinte mil soldados imperiales para la liberación de Montevideo y cuatro mil combatientes bajo el mando de Justo José de Urquiza. Yo no evocaré las escenas de confraternidad aliada, ni diré que del otro lado del océano, se escribió que habíamos vencido en donde habían fracasado las mayores potencias europeas. Deseo apenas recordar que en esto no

desmereció el Imperio, sino que reafirmó su pasado de honor y de liberalismo.

¿Y de la campaña contra el dictador del Paraguay? Ha sido ella tan mal juzgada, en el concepto de algunos, que cuarenta y ocho años, casi medio siglo, no han bastado para restablecerla en su justa significación. Vió en ella, la pasión del tiempo, el aplastamiento de una nacionalidad infeliz por la ambición de una testa coronada. Argentinos y uruguayos estuvieron, según ese decir, al servicio de la diplomacia brasilera, que abusó así, de amistades vecinas, para firmar un tratado de exterminio.

Fueron, sin embargo, los uruguayos y los argentinos los que vieron la extensión de la injusticia que se nos irrogaba, y, entre obstáculos de todo orden, mantuvieron hasta el fin la solidaridad empeñada con nosotros. Si hubiéramos estado en culpa, no habría permitido el mundo americano, el mundo europeo, el mundo entero, que llevásemos la guerra a término, en cinco años de continuada y sangrienta pelea. Fuimos todos provocados por una ambición desmentida; y contra ese flagelo, y no contra la nacionalidad hermana, combatimos. Más que vosotros, tuvo el Brasil pérdida de sangre que lamentar y prevenciones infinitas que vencer. En Europa, Humaytá aparecía como la represa necesaria a la ambición de la casa de Braganza, mientras en América, se concitaba a los pueblos contra la reproducción de

la tragedia de Polonia... ¿Respondió el Brasil, respondió el Uruguay, respondió la Argentina, a esa acusación? No... Dejaron hablar al tiempo, y éste probó lo que todos vieron: una tranquila decisión bélica al servicio de una conciencia tranquila. Nadie se engrandeció a costa del vencido; al contrario, libre de una tiranía que venía de padre a hijo, todos le tendimos las manos, ayudándolo a ocupar, en el concierto internacional de América, el lugar que de derecho le cabía.

No sé si habrá llegado hasta vosotros el eco de un libro, en el cual se probó la identidad fundamental entre la campaña aliada contra el Paraguay y la tempestad roja que hoy asola al mundo. Si es así, y si recordáis bien lo que pasó en los Chacos, veréis cómo el delirio de un hombre puede esclavizar a una nación, llevándola irremediablemente al suicidio. Es Guillermo II, una ampliación gigantesca de Solano López, con los mismos procedimientos, la misma índole imperativa y siniestra, los mismos sueños de hegemonía sanguinaria. Nada tiene el bárbaro que envidiar al civilizado. Allá es la Bélgica asolada; la vida y la garantía de los pequeños, hechas polvo por la metralla omnipotente. Aquí es una horda de hunos, que nos asalta; Uruguayana entregada metódicaménte al saqueo; generales fusilados a una seña real; hermanos del Señor, muertos en el horror de los suplicios; sacerdotes que sufren martirio, antes de

la última pena; madres arrodilladas muriendo bajo el chicote; toda una población valerosa pasada por las armas... ¿Queréis un cuadro, uno solo, en su siniestra realidad? Escuchad esta descripción, que una ilustre pluma uruguaya hizo, del suplicio de uno de vuestros compatriotas: "El suplicio del doctor " Antonio de las Carreras — narra Oneto y Viana — " constituye uno de los actos de más refinada cruel- " dad que pueda concebirse. Fué un martirio prolon- " gado y continuo. Primero, se le sometió a la tor- " tura, atravesándole un fusil por debajo de las ro- " dillas, atadas las manos y los brazos. Después, se " le colocó el peso de seis fusiles en la nuca, quedando " la barba pegada a las rodillas. Más tarde, fué en- " viado al cepo colombiano y las muñecas fuéronle " dislocadas. Al tercer día, sin alimentación y sin be- " ber, perdió totalmente el sentido. Entonces le des- " truyeron las articulaciones y los dedos, a golpes de " martillo. Ya casi sin vida, lo fusilaron conjunta- " mente con cuarenta y siete otras personas"... Decidme ahora, señores ¿quién era el reo en el drama de la guerra sudamericana?

Tuvo el Brasil, en la formación de su nacionalidad, vicisitudes y horas amargas. Nunca, sin embargo, cualesquiera que ellas fuesen, se valió de palabra o de

acto que desentonara en una severa pauta internacional. Con varios países tuvimos cuestiones y salimos de ellas con honor. Si poderoso era el agraviante, apelábamos al tratado, a la discusión y al arbitraje. Más de una vez rompimos relaciones con quien llevaba sobre nosotros la ventaja de una gran superioridad militar. Tuvimos pendencias diplomáticas serias, y jamás titubeamos en afrontarlas con el único escudo de nuestro derecho. ¿Cuál fué el resultado de ese honroso rosario de tradiciones? Fué la sentencia arbitral dándonos la razón con Inglaterra, con Francia, con los Estados Unidos de América... Fué la transacción y el acuerdo directo cerrando nuestra línea fronteriza... Fué la institución del arbitraje engarzada como la más hermosa joya de nuestra carta política, al lado de la prohibición de la guerra de conquistas y del recurso a las armas sin el recurso previo a los medios pacíficos. Primer potencia naval de la América del Sud, nunca se sirvió el Imperio de su poder, en medio siglo de acción exterior, para agraviar a quien quiera que fuese. Y el concepto mundial, no raras veces, lo colocó entre los más dignos, porque más de una, varias veces, fué a buscarlo como árbitro para decidir, como ocurrió en el caso del "Alabama", en graves pendencias internacionales.

Pero yo no preciso decir que vosotros pensáis así, vecinos nuestros que sois y conocedores que siem-

pre fuisteis de nuestra evolución y de nuestras costumbres. La última prueba la tuvimos de vosotros mismos, uruguayos amigos, por intermedio de uno de vuestros eminentes presidentes, cuando corregimos con Rio Branco, una falla histórica en las aguas fronterizas. "La cancillería brasilera, al combinar las cláusulas del tratado — dice el mensaje del presidente uruguayo al Cuerpo Legislativo, — ha concedido al Uruguay, mucho más de lo que nuestra diplomacia demandó en todas las épocas, y ha aceptado mucho menos de lo que esa misma diplomacia ofreció, como compensación, en sus constantes gestiones". Rio Branco era en la República, nuestra mayor gloria exterior, y al mismo tiempo la personalización más acabada de los viejos moldes imperiales, que tuvieron en su padre Silva Paranhos, su completa y genuina expresión. Bien recuerdo lo que cierto día dijo él, respecto de lo que movía al Brasil, en el concierto de las naciones. Era como si hubiese hablado el Vizconde. Hablaba Rio Branco a los delegados de América, reunidos en Río Janeiro, en conferencia, y terminó así: "Dirán ellos, sin duda, que vieron una bella tierra, habitada por un pueblo bueno; tierra generosa y abundante, pueblo laborioso y manso, como las colmenas en que sobra la miel. No hay aquí, quien alimente envidias contra los pueblos vecinos, porque todo lo esperamos de ellos, en el futuro; ni odios, porque nada sufrimos de ellos, en el pasado. Un

grande sentimiento nos anima: el de progresar rápidamente, sin mengua de nuestras tradiciones de liberalismo y sin ofensa de los derechos ajenos."

Es necesario conocer la índole de nuestro pueblo; su amor por el más absoluto liberalismo; los extremos de bondad en que se educó, y la clara percepción de sus preocupaciones, para ver que, por boca de Rio Branco, hablaba en toda su pureza, el alma brasileña. Somos grandes en territorio, en recursos, en tradiciones. Pero somos más grandes aún, por ese conjunto de principios morales, que componen la estructura espiritual de una nación; la hacen acatada en el tiempo y en el espacio, y — según lo escribió ya, una luminosa péñola de la independencia, Evaristo da Veiga — la presentan como "una patria respetada, no tanto por la grandeza de su territorio, como por la unión de sus hijos; no tanto por las leyes escritas, como por la convicción de la honestidad y de la justicia de su gobierno; no tanto por las instituciones de este o de aquel molde, como por la prueba real de que esas instituciones favorecen o, cuando menos, no contrarían la libertad y el desenvolvimiento de la nación."

Vosotros conocéis al Brasil. En la poesía de sus campos siempre florecidos, hay algo de agasajo festivo, que no hace distingos entre provincianos y fo-

rasteros. En la línea de sus ensenadas siempre azules, bienvenida es toda bandera. Y sobre su tierra, de norte a sud, de este a oeste, en la ciudad, en la llanura, en el valle, en la montaña, el trabajo del hombre parece un canto de primavera, lleno de promesas y esperanzas. Vecino nuestro, hermano nuestro, el Uruguay, más que nadie, comparte nuestra vida de paz, porque tiene con nosotros, las mismas tradiciones y los mismos ideales. Es tan grande la identidad de orígenes, son tan comunes los destinos, que la más nacional de nuestras provincias se llamó, por el contacto directo con vosotros, Nuevo Uruguay. Viejo Río Grande, podría denominarse esta vuestra hermosa tierra, en que reveo tantas y tan dulces instituciones natales. Ahí tenéis por qué nos une a ambos, la más desestudiada armonía. Ahí veis la razón por la cual somos orientales bajo vuestros cielos y vosotros os sentís brasileros en nuestras tierras. Creo que nada más puede decirse de dos pueblos gemelos, predestinados a la más completa armonía, que jamás existió entre países civilizados.

SEGUNDA CONFERENCIA

12 DE JUNIO DE 1918

LA DEMOCRACIA AMERICANA Y LA GUERRA

EL HOMBRE

Al hombre, vosotros lo conocéis. Es grande, musculoso, como tallado por un dios colérico. Todo en él, respira salud y voluntad; salud con nervios de acero; voluntad omnipotente e inflexible. Sus gestos son como golpes de martillo, que no dan en falso. Fué él quien dijo: "el que en el mundo no quiera ser martillo, será fatalmente bigornia". Su fisonomía tiene el contorno de los potentes colosos con los cuales vive y que son sus únicos amigos. Nada en él es instintivo. Todo es pensado y medido. Intimamente, es un afable, casi un compasivo. " No se sabrá nunca lo que esta mujer ha hecho de mí ", — dirá un día, concretando en una confesión de renunciamiento, el surco dejado por el matrimonio en su personalidad autoritaria. Pero, para los de afuera, para el pueblo, para el parlamento, el gobierno y la nación, no tiene entrañas. Duro y cejijunto; voluntarioso el mentón; dominadora la ancha frente. Hay movimientos en él, que son fulminantes; actos que revelan la maña calculada de los felinos. Durante su vida agitada de

luchador — que es la vida misma de la nación, creciendo a costa de la sangre y el dolor de las otras — lloró sinceramente dos veces, dos veces apenas, cuando ya iba declinando; y lloró, para lamentar el mal que no pudo hacer y la piedad que nunca tuvo. Es Bismark.

Su mejor retrato nos lo muestra tal cual era: una personificación de la autoridad incontrastable. Lembach no hubiera podido representarlo mejor de lo que lo hizo: de pie; sobre la cabeza potente, un capacete prusiano; las manos cruzadas a la espalda, con apostura superior a todas las vicisitudes, como dictando cosas inapelables. Un dios ciclópeo, universal y temido, no tendría más acabada imagen. Cuando quería, sabía querer, sin mezquinar ninguna cosa a su objetivo, ni salud, ni convicciones, ni honor, ni nada. Cuando odiaba, era atroz, y no ocultó nunca su odio. "Pasé la noche odiando" — dijo cierta mañana a su secretario Tiedmann, cuando alguien parecía estorbarle en cierto trecho de su camino. No tenía amigos: arrancaba a los hombres, lo que cada uno podía dar, y el utilitarismo de sus procedimientos llegó a extremos de sublevar las más elásticas conciencias. Si sus cálculos políticos lo exigían, desfiguraba los hechos y mentía, atribuyendo intencionadamente, una culpa a inocentes, o absolviendo conscientemente a reos confesos. Cuando invoca la Biblia, es para hacer cosas satánicas. Cuando apela

a la justicia, es que va a hacer uso de la opresión. Cuando predica la paz, prepara la guerra. "Escéptico y cínico; soberbio e impudente; ya violento e impetuoso, ya burgués y pacífico; fingiendo simplicidad y cierto aire ingenuo; pareciendo tomar al Reichstag, por confidente, y entregándole sus secretos, como Eckermann a Goethe, sin decir sin embargo, lo que no convenía decir; divirtiéndose a veces con fantasías, en que inventaba los hechos necesarios a su causa; componiendo fórmulas hábiles para excusar las propias audacias y cubrir las propias faltas; negando la infalibilidad del Papa e irritándose cuando no se creía en la suya; atribuyendo fácilmente a otros, sus propios errores y dobleces; dando al disimulo, los méritos de un arte legítimo, y a la franqueza, el aspecto de una audaz mistificación; acomodando la historia a sus caprichos y encontrando siempre, en el momento adecuado, precedentes de todo género, que hacían ley, Bismark dominó a Europa fácilmente, porque ni en los gabinetes, ni en los congresos, encontró los rivales superiores, que se llaman Matternich y Talleyrand". (Welschinger).

Hombre de estado genial, fué cruel, y de eso se enorgulleció siempre. "Id del Garonna al Vístula, del Belt al Tíber, a nuestros ríos alemanes, al Oder, al Rhin, y veréis que soy el hombre más odiado de estos tiempos, y que profeso, con relación a ese odio,

el más profundo desprecio". Su dominación será, por fin, tan intolerable que su retiro y su ostracismo producirán un verdadero sentimiento de alivio, hasta entre sus más íntimos comensales.

¿Queréis saber de su habilidad política? — Oid la máxima que guardó del gran Federico: " La política pide paciencia, y la obra prima del estadista es hacer cada cosa a su tiempo ".

¿Deseáis sondear el abismo de su voluntad de hierro? — Acordaos de la promesa de sangre que fué su grito de alerta por la Alemania unificada: " No es a fuerza de discursos parlamentarios, ni por el voto de las mayorías, como se resolverán las grandes cuestiones actuales: es a hierro y a sangre ".

¿Queréis saber de sus soberbios anhelos de patriota? — Leed esta declaración parlamentaria, clarín de guerra tocando atención: " Conservemos la fuente en que vamos a buscar el derecho de ser fuertes y de aplastar con mano de hierro, todo cuanto constituya obstáculo al restablecimiento de la nación alemana en su esplendor y potencia. "

Ego et rex... Ferro et igne... Sólo él es poderoso, invencible, omnipotente. No hay quien tenga como él, tan completa confianza en el valor propio y tan poca en el ajeno. Su creencia en la simplicidad humana es absoluta, y abusa de ella, en la manipulación de una política de tratados y contratados, artificial y maligna, para cuyo éxito, la moral y la jus-

ticia no precisan ser y no son oídas. Todo es bueno desde que conduzca al objetivo de una gran Alemania. " Mi respeto por lo que se llama opinión pública no fué nunca considerable " — confesó él un día. Y otra vez escribió: " Son los tratados europeos, los que crean el derecho europeo. Si se quiere aplicar a esos tratados, el criterio de la justicia y de la moral, sería preciso abolirlos más o menos todos "... Durante cuarenta años dispone discrecionalmente de Europa, y tiene orgullo en proclamarlo, porque eso demuestra — dice él — que hay en ella diplomáticos, pero ningún hombre de estado, y sólo él es las dos cosas a la vez. Su sarcasmo hace explosión en las conferencias, en los consejos imperiales, en las comisiones parlamentarias, en pleno Reichstag, chicoteando a quien le place, mofándose de todo, aplastando mayorías, oposiciones, rebeldías de toda especie.

¿De qué masa es ese hombre, bajo cuyos pies se doblan todas las resistencias? ¿Qué complexión de gigante es la suya?... Un día, formado su famoso ministerio de conflicto, desafió al país, a que constituyese otro. Replicó la Cámara haciéndolo responsable, en su persona y en sus bienes, por gastos inconstitucionales. Bismark quedó de pie y el ciclón, como tantos otros que intentaron apearlo del poder, pasó. Fué entonces cuando Enning, entre el ojo y el puño, atribuyó al canciller, el papel del primero. " Os lo

agradezco — concluyó Bismark — porque es la parte más noble y es ella la que dirige al puño"... Su carrera es un ejemplo raro de *self-control* al servicio de una sola y pertinaz ambición, y cada vez aprende más, a manejar a los hombres y a disponer de ellos como muñecos de *guignol.* París, Petersburgo son sus primeros puestos de entrenamiento, y aún neófito, ya es maestro consumado en el arte de gobernar, de dirigir y de mandar. La Willhelmstrasse va a verlo trabajar como a un negro, de sol a sol, jamás rendido, siempre activo, alerta e intratable. Es allí, donde él va a poder decir, con la experiencia propia, que un embajador es un enviado externo para mentir en beneficio de la propia patria.

Quien estudie esta personalidad singular, no puede dejar de reconocer que no fué hecha del mismo barro que sus semejantes. Todo en él, es colosal. ¿Hay espectáculo más impresionante que la audacia de ese joven displicente, que escala todas las posiciones, con su solo esfuerzo, se afirma en la más alta, fija su plan de acción y lo realiza en un escenario casi de dioses, mal grado la oposición furiosa del interior, que no lo comprende, la mala voluntad del exterior, que le es adverso, el llanto de las víctimas, la maldición de los mutilados y la sangre de los vencidos?

Treinta años antes de la unificación, en Suecia, en casa de un amigo, confesó: "Yo seré el salvador de mi país. Formaré con sus partes dispersas, un cuerpo

único, y Alemania será un grande y poderoso imperio "... Dijo y cumplió. Estaba en su recuerdo aquella visión del Congreso de Viena, de que el país iba a levantarse; precisaba para eso un brazo, que sería él; y quien lo quisiera impedir, sería aplastado inexorablemente.

LA NACIÓN

Fué con un artífice semejante, con lo que la nación se hizo. Vosotros recordáis las circunstancias, porque son de ayer.

Tres guerras planeó friamente Bismark, y tres guerras llevó integralmente a término. Dificultades hubo, y sin cuento. A veces, la voluntad pareció doblegarse al fragor de los acontecimientos; pero eso fué transitorio. Y, por encima de todo, de los hombres, de las cosas, de los sucesos y de los conflictos, una sola personalidad sobresalía incólume, dominadora, cada vez más potente y autoritaria: la personalidad del canciller.

El *junker prusiano* no se engañaba al soñar para su patria, la Prusia, la hegemonía en la Confederación germánica. Era necesario reunir todas las provincias dispersas y darles vida bajo su bastón de mando. Él y su patria, cabeza el uno, brazo la otra, ambos creados para crecer, medrar, progresar desmedidamente. De otro modo, no hubiera sido él, un

resumen perfecto del Congreso de Viena, un resumen perfecto de lo que movía a Prusia, en el seno de sus hermanas. " La constitución física de la monarquía hace allí, de la ambición, una necesidad. Todo pretexto es bueno para ella. Ningún escrúpulo le detiene. La conveniencia es su derecho ". Al decir esto a sus embajadores en el Congreso, diríase que Luis XVIII ya presentía la herida futura en el corazón de la tierra natal.

Goethe había aconsejado a sus compatriotas que se abstuvieran durante treinta años de pronunciar la palabra sentimiento. Bismark va a ser el ejecutor de ese lema cruel, inaugurando la política de absorción germánica, por una conquista que fué casi un paseo militar. Me refiero a su primer campaña, a la guerra de los ducados. Ahí terció armas y se hizo universalmente respetado. Ante todo, Alemania precisaba expandirse hacia el norte, y por ese rumbo comenzó a crecer. Bismark forja un pretexto cualquiera de hostilidad, y, con la alianza de Austria, arrebata a Dinamarca, el Sleswig. Kiel le pertenece por derecho de conquista, viniendo a constituir base naval de primer orden. Europa, aun mal informada y vacilante, lo deja ejecutar lo que planea y comete su primer crimen: la contemplación impasible de un asalto inaudito, que tendrá eco en el tiempo y acabará en un infierno universal de sangre... " Dos colosos se precipitan sobre la pequeña Dinamarca —

dice una página elocuente — y alcanzan lo que quieren, porque los dinamarqueses lucharon hasta el último momento por el honor de la bandera, esperando los socorros franceses e ingleses, que no llegaron "...

Precedente lamentable, se consolida más tarde, ante la invariable indiferencia continental. Dos años después, en 1866, recelosa de su aliada de ayer, Bismark medita caer sobre ella, aplastarla también, disminuirla, vencerla. No desea más, porque quiere servirse de ella después, en la tercera lucha que estudia, sobre la línea azul de los Vosgos. Y es la guerra contra Austria.

Para provocarla, jugó prestigio, popularidad, salud, todo. No se podía comprender que Alemania quisiera romper con la vecina y amiga; pero Bismark sabía cuáles eran sus razones para ello y fué hasta el fin. Era necesario provocar la guerra, rebajar la potencia rival, en beneficio propio, consolidar el pedestal de la grandeza germánica de un modo incontrastable y definitivo. Fué el período más amargo de su vida; pero Sadowa lo recompensó. De la pluma que me proveyó, aquí y allí, algunas de estas enseñanzas sombrías, no puedo dejar de citar un pasaje, porque da cuenta cabal de los extremos de la lucha y de cómo en ella, se movió el canciller. " Los que se aproximaron a él, en aquella época, pasmáronse de su serenidad. Aunque asaltado por las más graves

preocupaciones, simulaba una actitud perfectamente tranquila. Sabía que su gobierno no era popular y no se alteró por eso. Tenía contra sí la corte, el príncipe real, la reina, la princesa, el partido feudal y los liberales. No los temía, seguro de que su rey le era obstinadamente fiel. Ahí estaba su fuerza. Sus ojos tenían fulgores, cuando se hablaba de una oposición invencible; pero pronto volvía a tomar su placidez alemana. La frente, alta y ancha, parecía llena de pensamientos formidables"...

De esa disposición de lucha, vosotros conocéis el resultado. Una serie de batallas felices, y, al cabo de ellas, la victoria completa, después de un esfuerzo sobrehumano para no mutilar al vencido, y solamente abatirlo en su presunción reconocida. Notad la visión del hombre de estado, a quien no repugna, para la obtención de lo que quiere, ni aún mismo el recurso artificial de la lágrima, y que va a decir al estado mayor impaciente, a los regimientos llenos de ardor, a la tropa triunfante, todos deseosos de entrar en Viena, la palabra de estudiada moderación: "La conveniencia ordena no pedir, después de una victoria, lo que se podría arrancar al adversario, y sí pretender solamente, lo impuesto por las necesidades políticas"... Es con esta escuela, con lo que provoca, cuatro años después, Sedán, para aplastar a Francia y dejar consumarse la expoliación de Alsacia y Lorena.

Ahora no existen más obstáculos interiores y todo son glorias para Bismark. Su estatua consagrará más tarde, su glorificación, en un grito de guerra, que es un desafío sin respuesta: "*Alemania sólo teme a Dios en la tierra*". Las divergencias internas desaparecieron. Su mano de hierro acabó con las últimas impaciencias. Él es todo poderoso y todo lo prepara para llegar a la guerra. — ¿Necesito, acaso, recordar lo que fué 1870? Afirmada desde hoy sin rubores, en su tierra misma, la doctrina del guiñapo de papel, como expresión del honor nacional, salióle al campo la conciencia liberal del mundo, evocando aquel hecho en sus más escondidos pormenores pasados. Inglaterra, displicente; naciendo para la vida, Italia; en Francia, una cabeza coronada instaurando, para sacrificio propio, el principio de las nacionalidades. No ve Napoleón III, no ve el mundo, que a su lado, en el flanco más vulnerable, se forma una nación poderosa y rica, para la cual la justicia no cuenta y el derecho de los débiles no pasa de una tontería. Cuando abran los ojos será tarde: están invadidas las fronteras, desbaratados sus ejércitos gloriosos, Bazaine rendido con la flor de las armas francesas. Viene luego, por encima de todo, la proclamación de la unidad alemana en Versailles, con la coronación del emperador, la glorificación de Bismark y la pérdida de dos provincias caras. El Congreso de Berlín completó la obra.

Fué de esa guerra inicua, friamente preparada y ejecutada, que nació la guerra universal de hoy. ¿Acaso hay motivo de espanto por Bélgica violada, cuando desde medio siglo antes, es la confiscación de lo ajeno, lo que se predica en Alemania, y la falsificación de un telegrama se exhibe allí, con orgullo, para justificar la provocación? Roon, Moltke, Bismark: son de ayer los personajes, como de ayer data, en Emsden, la escena singular. Yo no la evocaré, señores; vosotros la conocéis demasiado, y sobre ella pronunció la historia su condenación inapelable. Diré apenas que dató de entonces la hegemonía germánica sobre el mundo, con sus procesos poco nobles, sus desmedidas ambiciones, sus crueles e inauditas prácticas de guerra. "No conviene que la impresión que se tiene de nuestro poderío sea disminuída" — aconsejábase allende el Rhin. Al contrario, cumple aumentarla siempre. No se miren armas para eso. En la lucha por la vida y la gloria, todo sirve ". Código de autoritarismo y de opresión, pasa él, de la dinastía, a los liceos, y envenena así, a un pueblo, hasta en sus raíces más hondas. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, hombres, mujeres, niños, civiles, soldados, todos piensan por la misma cartilla, mientras el sueño de la grande Alemania puebla de ambiciones todos los pechos... ¡Qué sería de ese imperio glorioso, si se hubiese inspirado para el bien!... Más tarde, él hará una confesión ruda, y

bien se verá cuán inútil hubiera sido pretender encaminarlo por el derrotero de los otros pueblos. " Somos una nación de 65 millones de habitantes. Crecemos un millón por año y nos falta aire en el territorio que ocupamos. Pediremos tierras a la vecindad, y ella, por la persuación o por la fuerza, nos la tendrá que ceder ". El país era el hombre. Y el hombre había confesado: " El derecho no se ha de hacer valer sino por la fuerza de las bayonetas. "

EL CASTIGO

Un continente había mientras tanto, inmune de estas prácticas malignas. Era América.

Está en vuestro recuerdo, cómo nació y creció. Fué el fruto de la colonización europea, cuando la tierra, reducida aún, estaba por dominar, y las carabelas audaces surcaban las aguas a la conquista de lo desconocido. Cómo se operó esa colonización y cómo el nuevo mundo se dividió entre ingleses, españoles y portugueses, es de ayer. La raza de los conquistadores se refundió en otras nuevas y superiores, con nuevas fórmulas y nuevos ideales, capaces por sí solas de emancipar el continente y de prepararlo para la vida de liberalismo, a la que estaba indiscutiblemente destinado. Reflexiónese en el coloso que era el nuevo mundo, al comenzar el siglo XIX, y se tendrá la prueba de que no podía haber en

la historia, una epopeya mayor. Eramos apenas unas colonias dispersas, agotadas por la metrópoli, separadas por desiertos inmensos, arruinadas por la mala administración, sin ejército, sin recursos, sin auxilio, sin nada. Bastó que corriese por todas, el grito de independencia, para que los regimientos se improvisasen y los hombres apareciesen, en un decenio de pelea, de heroísmo y redención.

Una revolución como la americana, que se levantaba de la nada, y tenía contra sí todos los ejércitos reales, podía permitirse demasías y concluir en la violencia y en el gobierno absoluto. No sucedió así, sin embargo. Si las vicisitudes de la lucha parecieron dar, en este o en aquel punto, predominio al poder de la espada, pronto cedió éste, con el restablecimiento del orden público y con la restauración de las libertades amenazadas.

Tomad los puritanos de Nueva Escocia. Una cuestión de impuestos es el pretexto para la revuelta. Ellos habían dicho en 1765: " El pueblo, el populacho, como se le llama, tiene derechos anteriores a todo gobierno terrestre, derechos que las leyes humanas no pueden ni revocar ni restringir, porque derivan del gran legislador del Universo ". Es con ese código de derechos del hombre con lo que se tercian las armas en Lexington. *Todos los ciudadanos nacieron iguales,* consigna la declaratoria de la independencia, de 4 de Julio de 1776, y la afirmación de

ese principio sitúa para siempre, a América, en la convivencia de las naciones. Un nombre la personifica magistralmente: Jorge Wáshington. Comparadlo a los creadores de naciones, y él se destacará siempre, por la moderación, la sabiduría, un raro equilibrio de las cualidades maestras del estadista. Invencible en la guerra, fué invencible también, en los beneficios de la paz, e invencible pareció también, en lo porvenir, cuando emitió, para sus compatriotas, aquellos memorables consejos que fueron la *Farwell Adress*. Por eso lo llaman en su grande patria: *first in war, first in peace, first in the hearth of his countrymen*. Fué de Chateaubriand, la confesión admirable: "Alguna cosa de silencioso envuelve las acciones de Wáshington; él obra con calma; se diría que siente ser el mandatario de la libertad en el futuro y teme comprometerla. No son sus propios destinos los que traza; son los destinos de su país, y no se permite disponer de lo que no le pertenece... Buscad las florestas desconocidas donde brilló la espada de Wáshington. ¿Qué encontráis? — ¿Tumbas? — No: un mundo. Wáshington dejó los Estados Unidos como trofeo en su campo de batalla."

¡Qué contraste singular el de ese ciudadano benemérito, con la figura colosal que emancipó tres repúblicas sudamericanas, en una lucha que es una de las más tenaces y atroces de la historia contemporánea! En Simón Bolívar mezclábanse las ambi-

ciones, con las cualidades morales. Todo era contraste. Se diría que el medio, en que actuó, con sus volcanes en cólera y sus cielos tempestuosos, no podía admitir otro mandatario. Defectos, cualidades, vicios, benemerencias, todo era grande, desmedidamente grande, como grandes eran las exigencias de la lucha, sus vicisitudes, los sucesos que tuvo, las contrariedades que afrontó, los golpes de infortunio que reiteradamente lo envolvieron. Sus campañas militares fueron dignas de su renombre. Su acción política dejó rastros indelebles en la formación del continente. Nada había comparable a su actividad sin descanso, a sus cualidades de mando, a su envergadura superior a toda adversidad. En el auge de la potencia, sus sueños son los de un dominador sin rival. Él quiere a América libre por la mano de Colombia e intenta pasear por ella sus huestes victoriosas. Cuando le es adversa la suerte, y erra por las Antillas, su voluntad no se doblega, poseído de su función de libertador. El resultado es la victoria definitiva sobre España, en doce años de pelea, que sólo su brazo podía dirigir y vencer.

San Martín que viene del sur, a su encuentro, a fin de conjurar con él, el esfuerzo emancipador, tiene otros lineamientos. Ninguna ambición lo domina, ningún cálculo violento posee. Ejecuta estudiosamente un plan largamente madurado, que inspira toda su existencia y va a emancipar otras repúbli-

cas de América. Las dificultades internas de su país no lo preocupan, porque sabe que la Argentina las vencerá consolidándose definitivamente. Una desobediencia célebre lo hace marchar siempre adelante, atravesando los Andes, en una acción memorable, que será el eterno orgullo de las armas de su patria. Su personalidad se caracteriza por una notoria nobleza. Un fatalismo bien equilibrado inspira sus acciones y suyo es aquel lema de que *serás lo que debes ser, y sino, no serás nada.* Su proscripción voluntaria es el índice mismo de su naturaleza en el choque con el otro, grande como él, como él inmortal, fuertes ambos para levantar a América libre, pero distintos también para poder vivir juntamente en ella. Dióle la razón el tiempo, con la reposición de Colombia, de Venezuela, del Ecuador, en la libertad efímeramente desaparecida.

A ningún prohombre de la independencia americana se asemeja, sin embargo, vuestro Artigas. Si su hermano, como se dijo aquí mismo, por boca de un americano eminente, es Jorge Wáshington, por la comprensión anticipada y serena del dogma democrático, él es mayor todavía por la estoica resistencia que se le opuso y el amargo ostracismo en que se hundió. Artigas no merecía, señores, las sombras en que desapareció; pero tuvo como compensación el consuelo de saber a la distancia, que la patria estaba redimida. Él no viajó, no comparó pueblos, no li-

bertó nacionalidades, pero tuvo un objetivo mayor y más difícil, que fué la creación y la consolidación de la independencia de su propia tierra. Por la situación de ésta, por las dificultades que lo cercaban, por los adversarios que tenía y por los recursos que dificultosamente reunió, fué la suya, tarea casi fuera de este mundo, y sólo un puño glorioso, al servicio de una cabeza inmortal, la podía realizar. Luchó Artigas heroicamente y solo, por su ideal de todas las horas, ignorado de los hombres, calumniado en la historia, corriendo por las campañas en la improvisación de la defensa, apareciendo aquí para surgir allá, imagen de su tierra, como ella invulnerable y grande. Una pluma vuestra, que es orgullo de América, trazó definitivamente el perfil del héroe, en términos inapelables. Yo lo leí conmovido, señores, y bendije a mi país — contra el cual, colonia todavía, también pelearon con denuedo las medias lunas de Artigas — por haber colocado su busto, donde debe estar, en nuestro Itamaraty, al lado de las entidades más eminentes de la emancipación americana. No se procederá de otro modo, estoy cierto, en la otra margen del río, adversaria otrora del antiguo sargento de Blandengues, al que declaró infame y cuya cabeza puso a precio. La historia tiene su curso inmutable. Sobre la acción pasajera de los hombres y las divergencias que los separaron, flota finalmente, el sentimiento de la justicia, uniéndolos a todos, en la

misma obra definitiva, que cada uno vió a través de sus anhelos y pasiones, que ninguno dejó de realizar y que de todos recibió el mismo e inquebrantable esfuerzo: la obra de América libre y republicana. La participación del Uruguay fué de singular relieve, como lo dejó dicho, en plena formación, al fragor de las batallas, entre uno de sus admirables papeles, vuestra mayor gloria civil y militar: "Nuestra historia es la de los héroes. El carácter constante y sostenido que hemos ostentado en los distintos lances, anunció al mundo nuestra grandeza. Sus monumentos majestuosos se levantan desde los muros de nuestra ciudad hasta las márgenes del Paraná. Cenizas y ruina, sangre y desolación, ved ahí el cuadro de la Banda Oriental, y el precio de su regeneración. Pero ella es pueblo libre! ".

En esa tragedia colosal de un continente entero, levantándose entre el humo de la pelea, para la conquista de su deseo más caro, si varios son los obreros, una sola es la finalidad benemérita. No hubiera sido extraño, pues, que luego de ese choque formidable, naciese la América legitimista y opresora. Y vosotros sabéis que no fué así. En el momento de la victoria final americana, al acabar la pelea, se dijo que "sólo la monarquía podía consolidar la patria recién nacida", y respondió el patriarca inmediatamente, con la repulsa absoluta: "ningún suceso, en el transcurso de esta guerra, me ha afligido tanto, como

saber que tales ideas circulan en el ejército. Busco en vano en mi conducta, qué es lo que ha podido alentaros a hacerme una proposición semejante, que me parece preñada de las mayores desgracias que pueden caer sobre mi país". Cuando la realeza se implantó en Méjico, poco después también de su independencia, rodó el trono por tierra porque "iguales eran los derechos de todos y no se podían admitir privilegios de casta ". Maximiliano tiene, más tarde, una prueba trágica de esa verdad nacional. En el Perú, no tiene raíces el aparato de la monarquía, que el protector bien intencionado pretende instaurar, prontos todos los ciudadanos a la defensa de sus más caros derechos. Cae en Nueva Granada el gobierno artificial de la monocracia, que un jefe sumo, en la pasión sensual del poder, intenta afirmar, obligado, al fin, a decir que " no es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que puede jamás convenir a la república... Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria; no es el árbitro de las leyes, ni del gobierno: sus glorias deben confundirse con las del país "... Predica en Chile, el vencedor de Maipú, las ventajas del gobierno libre, fiel a su máxima favorita de que el soldado es el mandatario de la nación, y la guerra sólo se hace con los principios morales. En la Argentina, la opinión repele las veleidades del trono, que el recelo de la reconquista española enciende en la

cabeza de sus más grandes hombres. En el Paraguay, la dictadura de los Francia y de los López va a tener fin por la obra de una coaligación liberal, y el Uruguay escribirá por la mano de su fundador, ese documento memorable que son las Instrucciones del Año XIII. Fué aquí una verdad fundamental, la afirmación de que en el pueblo está la fuente de toda la soberanía y que todo lo que de eso discrepase no tendría el asentimiento de la nación. ¿Hay algo más confortante, que el ejemplo singular de vuestro guerrero, cuando en plena formación de nacionalidad, convoca a los delegados del pueblo y les entrega, serenamente, los atributos de la soberanía? "Mi autoridad — dice Artigas ante el Congreso de 1813 — emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos. Ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también, todo el premio de mi afán. Ahora, en vosotros está el conservarlo."

Hablando en la Universidad de Wisconsin, dijo Joaquín Nabuco, en una página admirable, lo que significaba la participación de América, en la civilización. Y al librito *De l'influence de la découverte de l'Amérique sur le bonheur du genre humain*, del abate Genty, respondió, con Elliot, que podían señalarse como grandes contribuciones de América, a la civilización, cinco que eran incontestables. Vosotros ya sabéis cuales son ellas. La primera, sustituye la gue-

rra por el arbitraje, como medio de resolver sin cañones, los litigios internacionales. Y a este respecto — y para hablar únicamente de nosotros — permitidme que recuerde que esa solución la preceptuó el Brasil, en su Constitución, y la ha practicado a cada paso; y que en el Uruguay, ella ha inspirado varios tratados y ha sido brillantemente defendida por el doctor Brum, en ese discurso sobre el arbitraje amplio, que constituye uno de sus mayores títulos a la consideración de todas las naciones. La segunda, es la que instituye la más amplia tolerancia religiosa, a fin de que, bajo los cielos americanos, todas las religiones puedan vivir igualmente libres. La tercera, es la que erigió el sufragio popular, como expresión de la soberanía. Fué la cuarta, la demostración de la aptitud de una gran variedad de razas para el uso de la libertad política. Y fué, finalmente, la quinta, la que, como síntesis de todas las otras, se tradujo en la difusión del bienestar material en el pueblo, en la abolición de las diferencias de clase y en la disminución de las angustias que eran carga de los pobres y los separaban de los ricos.

Practicando esos principios saludables, estaba América naturalmente destinada a una unión cada vez más íntima y bella, entre todos sus componentes, como de hecho sucedió. El panamericanismo, o mejor dicho, el interamericanismo, vinculó cada vez más, las naciones del continente, e hizo de él,

una región aparte, de unidad pacificadora y de trabajo. No había aquí oprimidos, ni opresores. No había desigualdades de castas. Ambición que se levantara, era muy pronto vencida. Las clases militares eran órganos del estado, garantías de su vida y de su progreso, y jamás instrumento de dominio interno o de expansión exterior. No teníamos naciones esclavizadas. Y de la convicción de todos, latinos y anglo - sajones, fué, en 1823, la afirmación del quinto presidente, en Wáshington, cuando dijo que América viviría en la democracia y que ninguno de sus territorios se subordinaría jamás al dominio extranjero. Ved cómo en la hora actual se cumple esa consigna en la tierra de Monroe, al empuñar Wilson la antorcha que ilumina al mundo y llamarnos a todos, con ella, para la reacción salvadora.

Cómo el Brasil respondió al llamado, vosotros no lo ignoráis. Habíamos tenido contra nosotros, en cincuenta años de reinado liberal, el preconcepto de la monarquía, cuando realmente la nación se educó en la práctica del más puro constitucionalismo, y gozaba, como la América entera, de todos los derechos de la civilización. Esta afición a las fórmulas reales, implantadas en el Brasil con don Juan VI, por el medio americano, que las transformó radicalmente en la más acabada democracia, fué una prueba admirable de que no se admitían privilegios y de que todos nacían iguales ante la ley. Tal pareció el re-

nombre liberal de nuestro gobierno, que en estas regiones mismas, y antes que la denominación del edificio constitucional brasileño se transmutase en república, se llamó al Brasil, democracia con corona... La tierra que en 1789 predicó la revolución con Tiradentes, y pidió, bajo las armas, el gobierno libre y la abolición de todas las tasas, sería, como fué, fundamentalmente democrática. Si nó lo reconociese así la opinión general, yo reclamaría ahora para ella, la gloria de dos campañas memorables, en las que nuestros brazos, vuestros brazos, los brazos argentinos, todos juntos, batallamos por el destronamiento de dos tiranías sanguinarias.

No era tampoco de esperar otra actitud, de parte del Uruguay, cuyas viejas tradiciones de liberalismo lo señalaron tan acentuadamente en el trato de las naciones. Antes de la independencia, ya demostraba él, con denuedo sin igual, cómo se defiende la tierra natal contra las fragatas de allende el mar, pues que fué en esta hermosa Montevideo, donde la Reconquista tuvo su base de resistencia, y de ella partieron los primeros golpes que el enemigo recibió. Más tarde, es una epopeya sin igual, la consolidación de vuestra autonomía. Para no subordinarse al yugo extranjero, el país emigra en masa, en un movimiento unánime de reacción, tan noble y tan grande, que no encuentra paralelo en los anales del mundo, después del éxodo bíblico. Y cuando más reñida es la refriega

por su soberanía, y América, en ebullición, busca la forma de su organización política, es todavía el Uruguay el que, en un documento célebre, antes que el resto del mundo, consubstancia definitivamente todas las franquicias y derechos del ciudadano, con la independencia, la federación, los poderes autónomos equivalentes, la libertad civil y religiosa, el comercio abierto para todos, la abolición de las tasas interprovinciales y la igualdad sin excepción... De ese código procedió, al través de la evolución de un siglo, el admirable organismo de gobierno que fué vuestra constitución. Fué con su invocación tácita, con lo que rompió la República, sus relaciones con el despotismo de ultramar.

Yo no sé, señores, si la tragedia que envuelve hoy al mundo, hará correr mucha sangre aún. Cualquiera que sea, sin embargo, su duración, ella no puede terminar sino por la victoria de todos los principios morales y políticos, que ya eran un patrimonio de la humanidad y que la Alemania de Guillermo II intenta destruir a toda costa. Habrán contribuído a esa victoria — llena de dolores y sacrificios — la tranquila decisión yankee de vencer, la epopeya marítima británica, la incomparable bravura francesa, la intrepidez italiana, el coraje portugués, el calvario doloroso de los belgas, de los servios, de los ru-

manos, de todos los pueblos mutilados... ¡Pero la victoria vendrá!

De una norma de complacencias y de comodismos, de superarmamentos y de contratados, Europa paga ahora cruelmente el error, y espera, con los ojos en el cielo, el término de sus innumerables sufrimientos. Una ambición se elevó alto en ella, y ella la dejó obrar. Una casta militar se apoderó en ella, de un trono, y durante cincuenta años meditó lo que ahora estáis viendo. Es de la lucha entre la democracia y la autocracia, de lo que se trata ahora. Es de la defensa de los derechos de los pequeños contra los poderosos. Hay una justicia inmanente, que, más temprano o más tarde, castiga a los que claudican. Bismark, que fué el órgano infernal de Alemania, para esta tragedia siniestra, fué despedido como un sirviente. La nación tendrá también su hora de juicio final, no por la ingratitud de una cabeza coronada, loca de orgullo, sino por el juicio de todos los países honestos de la tierra, para los cuales, el derecho existe, la moral liga a los hombres, y justicia y honor no son vanas palabras.
